

Jackson la misión de restablecer y asegurar el orden en la frontera, y este se ofreció, si el gobierno le hacía saber por una vía indirecta su asentimiento, á conquistar en sesenta días toda la Florida. En efecto, emprendió la expedición, sin recibir al parecer la deseada respuesta por enfermedad de Monroe, pero se explicó á su gusto la contestación del ministro de la Guerra, y en marzo de 1818 estaba con su tropa en la frontera de la Florida. No tardó en apoderarse de Saint-Marck; atrajo con alguna estratagemá á dos jefes indios á bordo de un buque de los Estados Unidos que se hallaba con otros en aquel puerto, y los hizo ahorcar sin el menor escrúpulo; redujo á cenizas una aldea india y mandó fusilar á dos ingleses que cayeron en su poder, traficante escocés septuagenario el uno y ex-oficial del ejército inglés el otro, que contaba solo treinta y tres años. Avisado de que algunos indios fugitivos habían encontrado asilo en Pensacola, ocupó esta ciudad, depuso al gobernador español y á su salida dejó una guarnición para la defensa de la plaza.

Por una casualidad conservaron los españoles á San Agustín, porque Jackson, que siendo numéricamente mas fuerte había enviado al general Gaines con orden de tomar la ciudad, la revocó á tiempo, cediendo á las vivas instancias de su gobierno, que estaba en situación comprometidísima, porque Jackson con 1,800 soldados blancos y 1,500 indios aliados, fuerza superior á la de los enemigos, que jamás llegaron á reunir mil combatientes, se había extralimitado de sus instrucciones; había tratado á los indios brutalmente; había ocupado parte del territorio español sin motivo justificado y había hecho matar á dos súbditos ingleses sin poder alegar excusa legal admisible. Respecto de esta última atrocidad dijo el jefe del ministerio inglés, lord Castle-reegh, al embajador de los Estados Unidos, Rush, que la opinión pública estaba tan excitada que bastaría levantar un poco la mano para que se hubiese tenido que declarar la guerra. La fortuna fué que el gobierno inglés se limitó á una investigación superficial del caso y se contentó con las explicaciones del gobierno americano. El asesinato de los dos jefes indios, á quienes Jackson con un pretexto pacífico atrajo alevosamente á bordo de un buque para hacerlos ahorcar; la quema de una aldea india; la matanza de todos sus habitantes á excepción de los hombres, los cuales, según resultó despues, no solamente eran amigos de los americanos sino que formaban parte de su fuerza armada, y otras atrocidades de esta naturaleza indignaron á todas las personas formales. Verdad es que el último caso que acabamos de referir fué consecuencia de una mala inteligencia, y el congreso concedió á la tribu víctima del error una indemnización de 8,000 pesos; pero el mal estaba hecho y los muertos no resucitaron ni se borró el mal funesto producido. Aun costó trabajo al congreso apaciguar al general Jackson, que estaba furioso porque el gobierno había intervenido en este asunto sin contar con él como autoridad militar superior del Sur y porque en el congreso se había propuesto contra él un voto de censura. Cuéntase que Jackson, aunque despues lo negó, marchó lleno de coraje á Washington para desafiar á los que habían presentado la proposición de censura oficial y pública. Monroe y su ministerio hicieron cuanto pudieron para echar tierra al asunto de las fechorías de Jackson, atendida su extraordinaria popularidad, y se esforzaron por defender la conducta de este general desde el punto de vista norte-americano; de cuya tarea salieron airoso gracias al talento y habilidad diplomática de Quincy Adams, defensor siempre entusiasta del honor de su país. Las explicaciones que envió á Madrid estaban tan hábilmente redactadas que las Cortes se dejaron convencer, y despues de largas negociaciones, el gobierno español en el

año 1819 consintió en ceder á los Estados Unidos toda la Florida por cinco millones de pesos (1). El gobierno de Washington nombró gobernador de este territorio al general Jackson, el cual á los pocos meses dimitió, despues de cometer en tan poco tiempo nuevos atropellos, faltando al respeto debido al general en jefe de las fuerzas de la república, haciendo prender al ex-gobernador español, lo cual le puso en conflicto con el juez Fromentin, y expulsando además del territorio á muchas personas sin motivos suficientes. En cualquier otro país se habría destituido de todo mando á semejante pendenciero, pero el gobierno de Monroe no se atrevió á ello por respeto á su gran popularidad. «Había llegado á ser,—dice su biógrafo Sumner,—un potentado á la manera de los grandes nobles del siglo pasado. Agraviar á Jackson era exponerse á un castigo excepcional; contrariar su voluntad era hacerse blanco de sus iras, que nadie se atrevía á castigar.» A todo esto se agregaba que Jackson no era escrupuloso en negar solemnemente cosas que había dicho ó en mentir cuando se veía comprometido por su culpa en algun asunto importante ó delicado, como negó haber desaconsejado la ocupación de Tejas al ser consultado por Monroe cuando se trató de fijar los límites de la Luisiana por aquel lado. El presidente deseaba agregar á Tejas á la Union porque era demasiado sagaz para no conocer que el dominio español estaba tan decadente que tenía sus días contados; pero á pesar de ser hijo de Virginia, el gran mercado de esclavos, era también bastante patriota para comprender que aumentar el territorio de la república con un país tan vasto como Tejas, donde indudablemente se habría introducido la esclavitud, habría sido aumentar y robustecer el obstáculo que amenazaba causar en un plazo mas ó menos largo el desquiciamiento de los Estados Unidos; idea que expresó también Adams en su diario, que contiene datos preciosos para la historia de aquella época.

Por una coincidencia singular, dos Estados al mismo tiempo habían reclamado hasta entonces la admisión en la Union, y siempre habían sido uno esclavista y otro anti-esclavista; primero Kentucky y Vermont, despues Mississippi é Indiana, y por último, en 1818, Alabama é Illinois; de suerte que la Union comprendía veintidos Estados, de los cuales correspondían once á cada uno de los dos grandes partidos, el del Norte y el del Sur, ó sea el anti-esclavista y el esclavista. Entonces solicitó su admisión como Estado el territorio del Misuri, lo cual dió lugar á una contienda acalorada que duró muchos años, sobre si debía estar permitida ó no en este Estado la esclavitud. El arreglo que concluyó la contienda no la resolvió: no hizo mas que aplazar la decisión, porque muchas personas preveían ya entonces que esta cuestión había de dar lugar inevitablemente un día ú otro á una lucha sangrienta, feroz y desesperada entre los dos partidos. Monroe, sin embargo, no era de esta opinión á juzgar por las siguientes líneas, que se encuentran en sus escritos: «Muchas personas de gran talento creen necesario el partido federalista para imponer al partido contrario la union y la prudencia; es decir, que creen los partidos políticos necesarios para la existencia de los países libres. No opino yo así; no ignoro que las repúblicas de la antigüedad estuvieron siempre divididas en partidos, y que la oposición es la que mantiene al gobierno de Inglaterra; pero también creo que debe buscarse la causa de estas divisiones mas en ciertos defectos de aquellos gobiernos que en la naturaleza humana, y entiendo que nosotros hemos evitado felizmente esos defectos en nuestra constitución política.» Monroe podía en-

(1) Quien vendió la Florida no fueron las Cortes sino el gobierno absoluto de Fernando VII. (N. del T.)

regarse á esta ilusión porque hasta entonces el cáncer de la esclavitud no había suscitado grandes contiendas, y muchos se lisonjaban con la idea de que la prohibición de importar nuevas masas de esclavos produciría al cabo de cierto tiempo la extinción de la plaga. Otros esperaban grandes resultados de la reconducción al Africa de negros libertos, á cuyo fin se fundó ya en 1816 una sociedad que hacía mucho alarde de su filantropía y humanidad, y cuyo presidente era un juez llamado Bushrod-Washington, sobrino y heredero del primer presidente de la república. Este *filántropo* vendió cincuenta antiguos esclavos de la hacienda de Mount-Vernon, que había heredado de su tío, á la Luisiana, donde los esclavos no aclimatados eran víctimas del clima mortífero y del durísimo trabajo en los ingenios; é increpado por esto, contestó que la ley concedía á todo propietario el derecho de disponer libremente de su propiedad mueble. Crawford, Clay y Randolph, á quienes ya conocemos, fueron también miembros de la sociedad fundadora de la república de Liberia, en Africa, no tanto por filantropía cuanto para alejar de los Estados Unidos á los esclavos libres, por temor de que con el tiempo resultasen un elemento peligroso. Esta sociedad trasladó á la citada república negra hasta el año 1835, 809 negros americanos manumisos, es decir, un número anual que por término medio igualaba el aumento natural de la población esclava en los Estados Unidos en cinco días y medio. Hoy todavía vegeta la república de Liberia sin corresponder á las esperanzas que se habían concebido, á saber: que sería un poderoso foco de civilización para los pueblos negros del interior del continente africano.

En el tratado de Gante, que estipuló la paz entre los Estados Unidos é Inglaterra, habíase introducido un artículo por el cual ambas potencias se obligaban á hacer los mayores esfuerzos para abolir completamente la trata de negros, «por ser incompatible con los principios de humanidad y de justicia.» Para cumplir con la obligación contraída el congreso adoptó varias disposiciones encaminadas á este fin; entre otras votó una ley que declaraba la trata de negros acto de piratería é imponía á los que la practicaran los mismos castigos que á los piratas. En el preámbulo expresaba la indignación que causaba este tráfico de seres humanos; pero como sucede y ha sucedido tantas veces, y en la gran república americana mas que en otros países, la ley en la práctica no pasó de letra muerta. La gazoñería é hipocresía protestante ha llegado á ser un arte en los Estados Unidos, como lo prueban entre otras cosas las sociedades de templanza. En Virginia y en el Maryland, Estados esclavistas, fué muy aplaudida la mencionada ley, porque no pudiendo dedicarse por causa del clima al cultivo del algodón, y siendo grandes mercados de esclavos americanos, no les convenía la introducción de esta mercancía de países extranjeros en los Estados del Sur. Sin embargo, la importación continuó como antes, si bien con el carácter de contrabando, en buques americanos con las banderas española y portuguesa, pues que España y Portugal consentían este comercio. A pesar de todas las lamentaciones de las sociedades abolicionistas americanas, hasta las conciencias más sensibles se fueron acostumbrando á mirar la esclavitud como un mal necesario; el magistrado presidente del Tribunal supremo (1) dijo con toda franqueza: «Dejad importar á cada Estado lo que quiera. La moralidad ó la conveniencia de la esclavitud son cuestiones cuya resolución toca á cada Estado y á nadie mas. Lo que enriquece á una parte, enriquece al conjunto; cada Estado (de la Union) es el mejor juez de lo que á sus intereses conviene.» Otro político americano, Rutledge, ha-

(1) Cada estado tiene uno.

bia dicho ya antes: «El único principio que guía á las naciones es su propio interés.»

A contar desde el año 1809 se aumentaron las exposiciones y peticiones anti-esclavistas presentadas al congreso; José Story, uno de los magistrados mas notables del foro americano, escribió en 1819: «Abundan por desgracia las pruebas mas fehacientes de que continua la trata de negros con toda la implacable barbarie y codicia insaciable de otros tiempos. La codicia obra con mas sutileza; ciudadanos americanos acuden á las costas africanas bajo las banderas de España y Portugal, empañadas con el tráfico citado; y venden luego sus cargamentos infortunados ora en el extranjero, ora en nuestros puertos del Sur, donde eluden la ley observando sus formalidades exteriores, y así quedan luego legalizados los frutos de sus empresas inhumanas pero lucrativas; ¡y ojalá pudiera decirse por lo menos que no participasen de esta horrible mancha los Estados y habitantes del Norte!»

Representantes de los mismos Estados del Sur calcularon en aquella época en 13,000 á 15,000 el número de los esclavos importados anualmente de contrabando. El ofrecimiento del gobierno inglés de trabajar de consuno para la supresión del tráfico negrero, fué desatendido por el gobierno en 1818, y la ley de 1819 que equiparaba la trata con la piratería fué solo una satisfacción dada al público anti-esclavista y á Inglaterra. Las atrocidades que los traficantes cometían, según narraciones auténticas, horripilan y exceden con mucho á las referidas por la escritora americana Beecher Stowe en su novela: *La chosa del tío Tomás*. En el periódico *Niles's Register* se encuentra el caso del trasporte á la Habana de ciento cincuenta esclavos negros en un buque de 60 toneladas, en el cual se les alimentó con sustancias en putrefacción y arroz germinado; los cuerpos de estos infelices estaban cubiertos de desolladuras á consecuencia de los movimientos del buque, que durante el viaje habían hecho dar un cuerpo contra otro, porque estaban tan estrechamente colocados que se tocaban. Esclavos señalados ó mutilados con hierro candente se veían todavía en América hace pocos años. Los negros confiscados por haberse descubierto su introducción de contrabando eran vendidos, en virtud de sentencia judicial y por la misma autoridad, en pública subasta, como cualquiera otra mercancía aprehendida y confiscada. En Nueva Orleans sucedía con frecuencia que los mismos especuladores en esclavos delataban á los contrabandistas de este género para poder, despues de aprehendido, comprarlo mas barato en la subasta pública. Por lo demás, el mismo Senado de los Estados Unidos había borrado de la mencionada ley de 1819 que prohibía la trata de negros, la pena de muerte impuesta á los ciudadanos americanos que se dedicasen á este comercio de importación. En 1818 llegó el descaro de estos especuladores hasta robar los esclavos que en New-Jersey iban á ser libres en corto plazo para llevarlos en pequeñas embarcaciones costaneras al Sur, donde los vendieron de nuevo en los mercados; en vano los parlamentos de New-Jersey y de Nueva York solicitaron del congreso el auxilio de los empleados de aduanas del gobierno federal: el congreso contestó negativamente.

Todas las declamaciones y todas las leyes contra la trata de negros y contra la introducción de esclavos en los dominios de la gran república norte-americana debían ser inútiles y vanas mientras tuviese cuenta el empleo de esclavos y su consiguiente compra y venta, á pesar de los espectáculos repugnantes á que constantemente daba lugar. El inglés Hodgson, que visitó los Estados Unidos en 1819 y 1820, observó todo con gran atención y quedó dolorosamente impresionado al ver las larguísimas cuerdas de negros, cansa-

dos, apáticos y macilentos, como ganado despues de largas jornadas, arreados por los conductores á latigazos acompañados de asquerosos reniegos, que encontró en las costas del Atlántico y del golfo de Méjico. Muchos americanos, y lo que es mas, propietarios de esclavos, como Randolph, defensor ardiente de los derechos de los poseedores de negros, se opusieron al establecimiento de un mercado de esclavos en la misma capital federal, diciendo «que la trata de negros entre las costas africanas y Charleston ó Jamaica era pan bendito y espectáculo piadoso en comparacion de los depósitos y mercados de esta mercancía humana en América.» Por esta muestra puede calcularse lo que era la esclavitud en la libre, ilustrada y cristiana república de los Estados Unidos.

La campaña de la Florida contra los indios seminoles fué emprendida para atender á las reclamaciones de los propietarios de la Georgia, cuyos esclavos se fugaban porque encontraban un asilo seguro en el interior de la península, entre las tribus indias; y en 1818 discutió el congreso nuevas disposiciones para facilitar la aprehension de los esclavos fugados y su restitution á sus dueños. Sin embargo, varios representantes del Norte acabaron por comprender el papel indigno que hacian y la ley quedó sin aprobar en los archivos.

En los Estados del Norte predominaba la clase media, el labrador que cultivaba intensamente una propiedad reducida, el industrial y el comerciante; pero en los Estados del Sur, por el contrario, dominaba la clase de los grandes hacendados, de los cuales, aunque eran relativamente pocos, pues segun Bow no llegaba en 1850 á 8,000 el número de los propietarios que poseían mas de 50 esclavos, dependia indirectamente la limitada clase media. Ellos iban monopolizando gradualmente las pequeñas propiedades, quedando solo un reducido número de pequeños labradores en las comarcas montuosas. «La esclavitud, dijo despues un diputado de la Carolina del Norte, necesita terrenos dilatados, y por lo mismo tenemos que apoyar la adquisicion de nuevos territorios.» Al terminar la guerra de independencia la poblacion de los Estados del Sur ascendia á cosa de 1.600,000 almas y la superficie del territorio á 128 millones de acres (51.800,000 hectáreas), ó sea cerca de 80 acres (32'37 hectáreas) por habitante. En 1860 habia aumentado la poblacion hasta cerca de 12 millones de almas y la superficie á 540 millones de acres (138 millones y medio de hectáreas), correspondiendo 45 acres (17'41 hectáreas) á cada habitante, es decir, que la poblacion se habia aumentado en la proporcion de uno á 7'5, y la superficie en la de uno á 4'5.

La clase de los grandes propietarios ó sea la aristocracia de los Estados del Sur recibia una educacion esmerada; los hijos eran enviados á los mejores colegios de los Estados del Norte, de Inglaterra y Francia; pero la facilidad de disfrutar de todos los placeres les dejaba estragados en edad temprana. En cambio la gran masa de la poblacion blanca era por lo general ignorante y ruda, y especialmente los capataces y mayorales de las grandes haciendas eran en extremo brutales é inhumanos. Se hicieron muchas tentativas para crear establecimientos industriales; pero el éxito no pasó nunca de mediano, porque el trabajo del obrero libre no prospera al lado del trabajo del esclavo; de suerte que en 1850 se calculó la produccion anual de los Estados del Sur en 300 millones de pesos y la de los del Norte en 1,250 millones. Tambien contaba el Norte con mayor número de ciudades y mas pobladas que las del Sur; y como la vida mercantil se desarrolla y prospera mas donde la poblacion es mas densa, resultaba que en el Norte se hallaba mas flore-

ciente. Charleston, Richmond y Móbilá no pasaron nunca de ciudades medianas, y si Nueva Orleans se desarrolló mas fué debido al comercio que del Norte fluía allí. En el Norte creció y prosperó la poblacion industrial, minera y mercantil, y en el Sur aumentó la esclava; en 1850 el comercio, la industria y las minas ocupaban en los Estados del Norte 457,000 individuos libres, y en los del Sur, solamente 180,000. En el año 1790 se contaron en el Sur 657,000 esclavos, y en 1820 habia mas de millon y medio.

La admision del Misuri entre los Estados de la Union ocupó al parlamento durante tres legislaturas y dió lugar á debates que vinieron á ser un lejano preludio de la gran guerra civil. Lo que dió á esta cuestion tanta gravedad é importancia no fué la admision del Misuri como nuevo Estado sino la cuestion que implicaba de si se permitiria en este nuevo Estado la esclavitud ó no, pues el admitirla era equivalente á condenar á esta plaga á todo el inmenso territorio que bajo el nombre de Luisiana habia adquirido la república en tiempo de Napoleon. La mayoría de los habitantes del nuevo Estado pedia no solamente su admision en la Union sino tambien la autorizacion de emplear esclavos; pero esta mayoría podia ser casual, y antes de tomar el congreso una decision en materia tan grave y trascendental, valia la pena de meditar, pesar y discutir el asunto. Ya hemos dicho que hasta entonces habia tantos Estados esclavistas como anti-esclavistas; pero con la admision del Misuri debia quedar destruido este equilibrio, que para los Estados Unidos era tan importante como el famoso equilibrio europeo para los Estados de nuestro continente, equilibrio del cual los americanos solian burlarse, presentándolo como un fantasma inventado por los reyes de Europa. Además la admision del Misuri con uno y otro carácter establecia un precedente que podia invocarse despues en todos los casos análogos como una jurisprudencia. El congreso admitió el Misuri como Estado perfectamente libre de organizarse como mejor le pareciera; pero el senado se opuso á la admision, y la cuestion quedó así pendiente. En el curso de los debates sucedió que hablando un diputado del Sur á favor de la esclavitud, exponiendo al congreso la vida feliz de sus esclavos, que no conocian la necesidad porque él, el amo, cuidaba de su alimentacion y demás necesidades, y que él, como los demás amos de esclavos, dormian tranquilos sin temer jamás una sublevacion de sus negros, oyóse ruido de cadenas en la calle y paso de mucha gente; algunos diputados corrieron á las ventanas de la sala y vieron pasar una larga cadena de negros, hombres, mujeres y niños, medio desnudos ó mal cubiertos de harapos y conducidos por un traficante, su amo, de cara bestial y repugnante, que les llevaba á los territorios del Oeste. Acaso impresionó este espectáculo á alguno de los representantes de la nacion americana y le avergonzó del triste papel que su patria debia hacer entre las naciones civilizadas, levantando con una mano la declaracion de la independencia de la Union y los derechos naturales del hombre y blandiendo con la otra el látigo ensangrentado del amo ó capataz de negros.

El discurso de un anti-esclavista llamado Tallmadge, diputado por Nueva York, tuvo eco en todos los Estados del Norte; el congreso aplazó sus sesiones, pero los debates continuaron en la prensa, en las reuniones electorales, en los parlamentos de los Estados y en asambleas públicas; la cuestion de la esclavitud volvió á estar al orden del dia mas seriamente que nunca, agitando todos los ánimos; la sociedad abolicionista, que durante diez años no habia celebrado sesiones, volvió á reunirse en Filadelfia; en Nueva York los partidos suspendieron sus hostilidades para unirse contra la extension de la esclavitud al nuevo Estado que solicitaba

ser admitido en la Union; en Boston y Baltimore se pronunciaron discursos enérgicos; en Ohío y hasta en Pensilvania, Estado que tantas veces habia hecho causa comun con los del Sur, se acordó oponerse, en obsequio del bien general de toda la nacion, á la propagacion de la esclavitud en nuevos Estados. Todo el Norte, sin distincion de partidos, levantó su voz pidiendo que el congreso, haciendo uso de su derecho, extendiera la ley de 1787 á todos los territorios hasta el Mississippi y no asumiera la responsabilidad de las consecuencias gravísimas que habia de tener la menor vacilacion ó debilidad en este punto. Los parlamentos de Kentucky y Virginia se lamentaron por su parte de la morosidad del congreso en decidirse. En este estado de excitacion de los ánimos, sucedió que el Maine, que hasta entonces habia formado parte del Massachusetts, pidió su admision en la Union como Estado independiente. Esto allanó el camino al congreso para salir del compromiso, porque siendo el Maine otro Estado del Norte, y de consiguiente anti-esclavista, podia consentirse al Misuri la esclavitud sin destruir aparentemente el equilibrio entre esclavistas y anti-esclavistas. Sin embargo, se libraron todavia grandes batallas oratorias, en una de las cuales Cobb, diputado de Georgia, exclamó: «Se ha encendido un fuego que solo se podrá apagar con rios de sangre.» Jefferson expresó grandes dudas sobre la conservacion de la Union, y Clay dijo en conversacion particular, que antes de cinco años los Estados Unidos se habrian desmembrado en tres grandes Estados independientes, compuestos respectivamente de los del Este, del Sur y del Oeste. Monroe no vió el porvenir tan negro, y Clay, con un diputado del Illinois llamado Thomas, consiguió un arreglo, que consistió en que el congreso admitiera á los dos Estados, el Maine y el Misuri, con carácter de tales en la Union por un solo y único acuerdo, sin hacer mencion en él de la esclavitud. Luego que el Estado de Massachusetts declaró su conformidad con la separacion del Maine, en la sesion del 3 de marzo de 1820 quedó votada la ley, por la cual la cámara de representantes y el senado de los Estados Unidos admitieron á los dos nuevos Estados incondicionalmente. Entretanto los habitantes de Arkansas habian solicitado para su país la categoría de territorio, interin la poblacion llegase al número necesario para formar un Estado. En 16 de diciembre de 1818 la cámara de representantes habia pasado la solicitud á una comision, y al año siguiente el Arkansas fué declarado territorio (1). Pero siendo esclavista, como el Misuri y la Luisiana, el congreso aprobó en la correspondiente ley la introduccion de una enmienda del ya citado diputado Thomas, para que en todo el resto del vasto territorio comprendido al principio bajo el nombre de Luisiana quedara prohibida la esclavitud desde la latitud de 36° 30' al Norte.

El pueblo americano, en general, cansado de tantos debates, se conformó con esta ley, menos en algunos puntos, como en el Connecticut, donde ahorcó en efígie á su senador Lanman porque habia votado aquella, que se calificó de *pastelada* y que fué una victoria del Sur y del partido esclavista. Algunos otros diputados del Norte que tambien habian votado la ley, recibieron otras muestras de desagradó de sus electores, al regresar á su país.

No fué lo peor el haber entregado implícitamente el Estado del Misuri y el territorio de Arkansas á la esclavitud, sino el haber fijado tambien la latitud de 36° 30' como límite, al Norte del cual jamás debian consentirse esclavos, pues esto venia á decir que todos los territorios y nuevos Estados que llegasen á formarse al Sur de esta línea podian

ser esclavistas; de donde resultaba una division oficial de la república en dos partes distintas y de intereses opuestos, una esclavista y otra en que todos los habitantes eran igualmente libres.

El presidente Monroe, con el deseo de fijar bien la cuestion legal para evitar contingencias futuras, sometió á sus ministros la cuestion de si el congreso tenia por la constitucion federal el derecho de prohibir la esclavitud en un territorio de la Union, y quiso que cada miembro de su gabinete le diera su parecer particular y por escrito. Los dictámenes fueron dados y resultaron afirmativos, y fueron depositados en el archivo del gobierno; pero cuando años despues se necesitaron, se encontró vacía la carpeta que los contenia: los dictámenes habian desaparecido.

En la constitucion que se dió el nuevo Estado del Misuri habia un artículo que prohibia al parlamento del Estado mezclarse en asuntos relativos á la esclavitud y en cambio se le encargó hacer una ley por la cual se prohibiera á todo hombre libre de color establecerse en el territorio del mismo. Como ningun Estado tenia semejanza artículo en su constitucion, se levantó con este motivo una nueva tempestad, porque existiendo en varios de ellos negros libres que gozaban de todos los derechos de ciudadanos americanos, no podia excluirseles de ningun territorio de la Union sin faltar á la constitucion federal y nacional. Despues de agitados debates que ocuparon algunas semanas, se llegó á un arreglo, en virtud del cual el parlamento del Misuri declaró solemnemente que no adoptaria jamás ley alguna que cercenara ni poco ni mucho los derechos y privilegios que la constitucion de los Estados Unidos concedia á sus ciudadanos.

Con esto quedó todo arreglado definitivamente y los debates cesaron; pero en el ánimo de muchos hombres políticos dejaron profunda huella, y estos continuaron tratando la cuestion de la esclavitud y de sus consecuencias. Entre estas personas figuraron tambien los ex-presidentes Jefferson y Madison. El primero, hablando del propósito de enviar los negros libres á la colonia africana, predijo que esta empresa no daria el resultado apetecido, y que, por lo demás, los gastos que ocasionaba eran excesivos. En cambio de la Liberia propuso la isla de Santo Domingo, independiente desde el año 1824, como punto á donde podian enviarse los negros libres, y concluyó diciendo: «Esta obra corresponde á las generaciones venideras, que deseo no dejen este asunto de la mano y lo realicen seria y enérgicamente.» La nueva generacion se mostró indiferente, y si bien conocia el peligro latente, se tapó los oídos y solo se cuidó del medro personal y del momento. Con Monroe y Quincy Adams desaparecieron de la escena los últimos políticos y estadistas desinteresados. No faltaron hombres del Norte que amonestaron, cuando se ofreció el caso, á los propietarios del Sur, aconsejándoles dar la libertad á sus esclavos; pero aquellos hombres del Norte tenian su fortuna en otros negocios y exhortaban á estos, los dueños de esclavos, á renunciar generosamente á la suya; por lo cual continuaron las cosas como estaban. Los hombres del Sur, deseosos de extenderse y no pudiendo hacerlo hacia el Norte, lo hicieron por el Mediodía, y lograron despues la anexion de Tejas. Esta dió lugar al fin á la guerra con Méjico, á pesar de la ninguna disposicion belicosa de la nacion norte-americana, que prosperaba cual ninguna otra á la sombra de la paz, pero que una vez envuelta en la guerra y acostumbrada á ella, muestra un valor y una tenacidad que desafian todos los peligros, obstáculos y sacrificios.

Así lo demostró cuando al cabo de muchos años llegó á convencerse de que la esclavitud era una plaga inaguantable

(1) Hasta 1836 no fué admitido como Estado.